

R
Reseñas **Net**

Revista de reseñas bibliográficas de Historia y Ciencias Sociales en la red

Año 6, N° 10- Rosario- Argentina, Abril de 2013

ISSN 1851-748X. Es una publicación del Centro de Estudios Espacio, Memoria e Identidad de la Universidad Nacional de Rosario, pp. 76-77

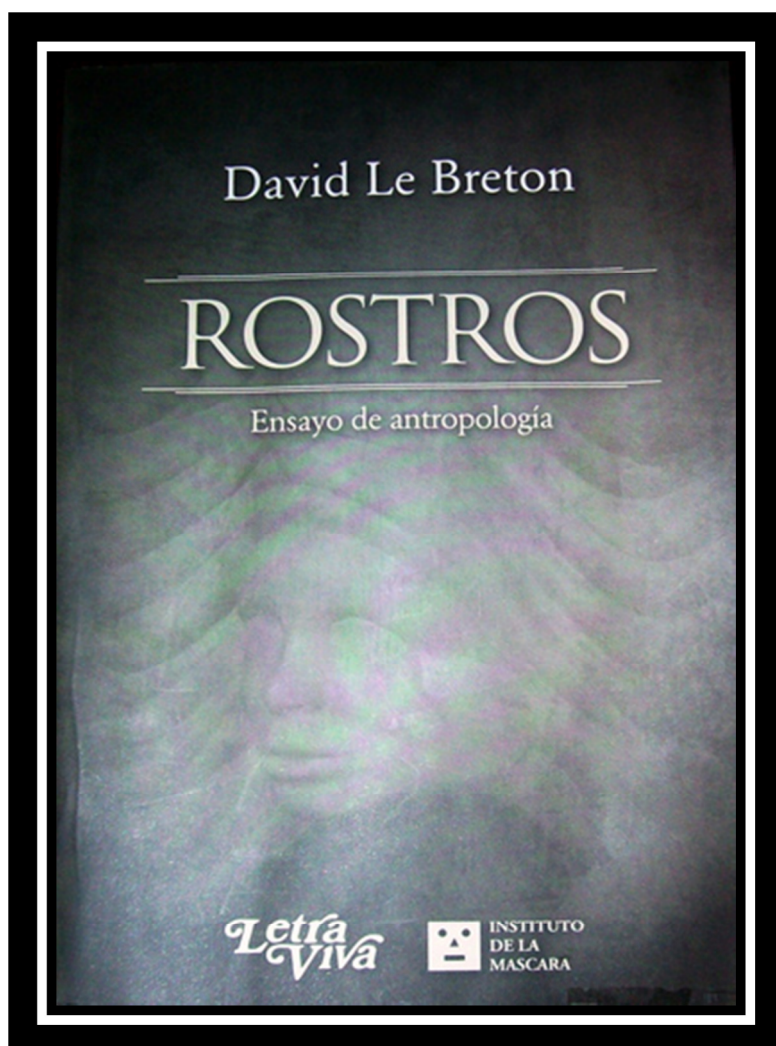
Edición Aniversario
10º Número



LE BRETON, David, *Rostros: Ensayo de Antropología*, Buenos Aires, Letra Viva, 2010, 269 págs., ISBN 978-950-649-281-6

Lucía Thobokholt¹
Universidad Nacional de Rosario
lucia.thobokh@gmail.com

“...si uno se mirase desde afuera sin piedad...”
Fito Páez²



“Rostros” es un ensayo de antropología que puede leerse como un eslabón que se articula con el resto de los trabajos que el sociólogo y antropólogo francés David Le Breton dedica a la relación del cuerpo con el universo de las construcciones sociales simbólicas. Desde su cátedra en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Estrasburgo, el autor ha desarrollado diversas investigaciones que combinan una importante tarea multidisciplinaria con una elección novedosa de los materiales escrutados como fuentes (desde registros audiovisuales hasta libros de ficción). “Rostros”, publicado en francés por Éditions Métailié en el año 2003 y

¹ Recibido: 27/02/13

Aceptado: 07/03/2013

² Fito Páez, “Normal 1”, Circo Beat, Buenos Aires, Warner Music Argentina, 1994.

por la editorial Letra Viva en abril del 2010, indaga la parte del cuerpo más expuesta y significativa de nuestra comunicación cotidiana.

El libro consta de nueve capítulos a través de los que investiga la construcción de significaciones en torno al rostro en la cultura occidental. La mirada antropológica del autor no desdeña lo inasible de la cara, aquellos aspectos indescifrables que encierran enigmas no capturables teóricamente. Una de las proposiciones centrales del libro establece que el rostro revela tanto como esconde. De aquí que se perfila un recorrido en el cual las aproximaciones al objeto de estudio se detienen más en el relieve que construye la gestualidad individual, que en los aspectos físicos susceptibles de categorización. Es en este sentido que Le Breton intenta dar cuenta del “medio-decir” del rostro, de su composición tanto social como individual, del hecho de constituirse a partir de un “*compromiso entre las orientaciones colectivas y la manera personal en que cada actor se acomoda a ellas*” (p. 16). Otro concepto clave que asoma con frecuencia es el de la máscara, interpretada como reveladora de sentido más que como herramienta de ocultamiento.

En el primer capítulo, titulado “*La invención del rostro*”, el autor emprende un recorrido histórico en el que pretende desarmar la mirada cotidiana y ordinaria que posamos sobre nosotros y los demás, para poder esbozar una genealogía en torno al sentimiento del rostro, subrayando que es producto de una construcción cultural y que, a su vez, se encuentra determinado por el status social de quien dirige la mirada y de quien la recibe. La indagación en torno al surgimiento del principio de individuación propio de la modernidad es el paso siguiente de Le Breton para confirmar que el rostro, como objeto de valor específico, no existía tal como lo experimentamos nosotros hasta después del Renacimiento. Tanto el cuerpo permeable de la persona en su comunidad como la sacralidad de la naturaleza, propias del medioevo, se disuelven a medida que la filosofía mecanicista y el individualismo occidental se convierten en vectores de transformación social. Es entonces cuando el rostro emerge, más que ninguna otra parte del cuerpo, como centro expresivo de una nueva forma de conciencia personal. El autor recorre a través del retrato artístico y sus variaciones en el tiempo el anuncio de este cambio de mentalidad, sin dejar de señalar que no afecta de igual manera a las diferentes clases sociales. En el caso del espejo, que permitió reflejar más o menos fielmente los rasgos que caracterizan al rostro, señala que su impacto en las clases populares es mucho más lento, y su difusión en la vida cotidiana no se produce sino hasta fines del siglo XIX. David Le Breton indica también, que el descubrimiento del rostro individual y su implicancia socio-psicológica en los sectores populares son contemporáneos a la difusión de la fotografía, la cual no tardará en convertirse en una herramienta de control social con fines de identificación judicial y represiva.

En el segundo capítulo, el texto explora a través de un recorrido histórico los numerosos intentos de objetivación y clasificación en torno al rostro, los cuales constituyen aquello que denominamos *fisiognomía* (*phisis*: naturaleza; *gnomos*: interpretación). El propósito del autor es comprender la significación de este recurso a partir del análisis de los diferentes tratados en torno a la materia, y si bien se reconoce la profundidad histórica de esta actitud clasificadora en torno al rostro (desde el Antiguo Testamento, pasando por los griegos y las tradiciones árabes), el énfasis está puesto en el período pos-renacentista, a partir del cual el cuerpo comienza a ser una realidad separada del mundo y por ello, susceptible de convertirse en objeto de investigación. La operación *fisiognómica* principal consiste en ligar un aspecto físico a una cualidad moral, para construir un sistema implacable de leyes a partir del cual podría develarse el misterio del rostro. Esta lectura del hombre pretende convertir rasgos particulares en indicios de actitudes psicológicas y morales, dando forma a un edificio semiológico sumamente prejuicioso. La construcción obsesiva de tipologías en el siglo XIX estuvo vinculada con la justificación de los emprendimientos coloniales a través de la denigración del no-europeo, como con la exclusión de los considerados anómalos sociales (negros, homosexuales, prostitutas, ladrones, revolucionarios) y las clases más pobres. La creencia en que la conducta se encuentra trazada en el rostro por parte de los *fisiognomistas* hoy parece caricaturesca: por ejemplo, “*se comprueba el mayor diámetro de la mandíbula en los asesinos y pequeños delincuentes, el*

menor en rateros y homicidas; no está desarrollada en los locos, salvo en los que están afectados por obsesiones impulsivas”, o se evidencia que “los cabellos negros y castaños son más frecuentes en los criminales, mientras que los rubios son inferiores a un tercio” (p.84).

Es en el tercer apartado, titulado “*El rostro del otro: el orden simbólico*”, donde se vincula la expresión del rostro a la de un lenguaje, a su inserción en un mundo de significación, a su relación con el discurso. Los signos que emanan del semblante de un actor funcionan en la comunicación como reguladores de los intercambios, pero siempre existirá un enigma infranqueable en el cual entra en juego la imaginación de los participantes y la relación de la persona con su entorno social. Le Breton insiste en la imposibilidad de transparencia en la comunicación, y los signos de la cara no escapan a esta premisa. El repaso de algunas investigaciones que han intentado leer al rostro de forma meramente biológica (como las de Darwin o Spencer), le sirve para desestimar estos modelos e intentar comprenderlo a partir de los vínculos que se construyen cultural y educativamente en ciertas condiciones sociales precisas.

Estas indicaciones permiten ingresar en los capítulos siguientes con otras herramientas de lectura, ya que el autor se aboca en éstos a interrogar algunos lugares y usos de la cultura (sobre todo la occidental) en torno al rostro. Por ejemplo, se observa cómo los movimientos que acompañan la emisión de la palabra se vinculan a una organización social, a un orden expresivo compartido, a través del cual cobran significado; o también la importancia de la mirada, imposible de ser analizada independientemente de la trama simbólica en la cual se encuentra inmersa junto al cuerpo y al lenguaje. En fin, es la mirada del otro la que enviste de valor y visibilidad al individuo a través del rostro, sea cual fuere la carga de sentido que ella otorgue, y esa percepción desde fuera es indicativa de la ambivalencia con que la humanidad vive su relación con el rostro. La propia cara es la que no podremos percibir jamás directamente.

David Le Breton se detiene también en el sentido de las alteraciones y modificaciones que involucran al rostro, para develar un territorio de sentido profundamente arraigado en las sociedades contemporáneas. Son tenidos en cuenta el miedo al envejecimiento (como pérdida del propio rostro), la semejanza, la disimetría, la gemelidad, y en un capítulo siguiente se enumeran diferentes formas de ocultamiento de la cara como las gesticulaciones y las muecas, las caracterizaciones y el maquillaje, los velos, las máscaras y su vínculo con el anonimato, hasta las cirugías estéticas. El relato del uso del velo por mujeres musulmanas ejemplifica muy bien la polisemia que estas prácticas exponen: “*El velo, no es más que una pantalla, de hecho, detrás de la cual pasa una cantidad enorme de cosas. Nos sirve cuando no queremos ser reconocidas para recorrer las tiendas, hacer negocios, visitar a las hechiceras, ver al amante*” (Noria Allami cit. en p. 199). El ocultamiento del rostro protege a la mujer fuera de su casa, marcando un límite simbólico entre el ámbito privado y el público, el de la calle, pero a su vez le asegura una zona de libertad ya que no puede ser reconocida y sus movimientos escapan a cualquier control.

Los dos últimos capítulos del libro son los que interpelan más profundamente al lector. En uno de ellos se narra cómo funcionó la negación a considerar la singularidad del “rostro del otro” en el período del nazismo, durante el cual se intentó borrar las marcas de identidad de las personas en los campos de concentración a través del rapado de la cabeza, el efecto de la fatiga, el miedo, y, principalmente, del hambre. Las relaciones entre los prisioneros y los colaboradores del Tercer Reich se convierten en relaciones de sujeto a objeto por operarse una “abolición del rostro” por parte de los verdugos antes de la muerte física. Primo Levi, prisionero en Auschwitz, relata la forma es que es observado por un doctor: “*...su mirada, no fue la de un hombre a otro hombre, y si yo pudiera explicar a fondo la naturaleza de esa mirada, intercambiada como a través del vidrio de un acuario, entre dos seres que pertenecen a dos mundos diferentes, habría explicado al mismo tiempo la esencia de la gran locura del Tercer Reich.*” (p. 240)

En el último capítulo el autor se detiene a observar la relación ambivalente que expone la sociedad ante las personas con lesiones o desfiguraciones en el rostro. Si bien ninguna de sus capacidades son impedidas por ello, puede percibirse cómo se opera una especie de violencia simbólica, probablemente inconsciente, que las convierte en minusválidas. Este señalamiento de David Le Breton invita a la reflexión sobre el comportamiento en nuestra sociedad en torno a la otredad y las formas de discriminación que suelen pasar desapercibidas en el propio entorno, como también sobre el poder de la mirada con respecto al ejercicio de la violencia. El rostro, al ser portador del sentido de la visión, es el punto clave en torno al cual indagar el valor que transita entre nuestros ojos y su impacto en la composición del rostro de los demás.

Palabras clave: rostro, antropología, mirada, comunicación.

Key words: face, anthropology, look, communication.